

EL MATRIMONIO: TODA UNA VIDA JUNTOS



Estaciones de vida matrimonial

EL MATRIMONIO:
TODA UNA VIDA JUNTOS

EL MATRIMONIO: TODA UNA VIDA JUNTOS

Estaciones de vida matrimonial



Asociación Familias por la Familia
Óbudavár, Hungría
2014

Participaron en la redacción del texto:

Zoltán y Ágnes Alföldi, Péter y Edit Antal,
Kálmán y Alice Csermák, István y Cecilia Endrédy,
Zoltán y Mária Fehér, Zoltán y Andrea
Fleischer, Róbert y Rita Gódány, László y Szilvia Gál,
Tamás y Andrea Herbert, Zoltán y Zsuzsa Mészáros,
Csaba e Imri Ozsvári, Gábor y Nóra Perei,
Tibor y Ágota Pfitzner, Tamás y Éva Sallai,
Gábor y Barbara Szelestei, Péter y Ildikó
Szelestei, Antal y Ágnes Ther,
Imre y Zsófia Tirczka

Editorial: Asociación Familias por la Familia
H-8272 Óbudavár, Kistelek u. 2., Hungría
www.schoenstatt.hu

Editor responsable: El Presidente de la asociación

Traducción: Silvia Bohorquez de Ecuador
Las tablas están pintadas por la dibujante Imri Ozsvári
Foto: Csaba Ozsvári, Szilárd Rábai
Tipografía: Éva Karikó
DTP: Imre Palásthy • www.PalasthyBt.hu
Impresión: Imprenta Vareg, Budapest, Hungría

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1. Nos hemos encontrado para estar juntos por siempre	7
2. Nuestro hogar es nuestro Reino	11
3. Regalamos amor, se nos retribuye amor	15
4. El amor también es dolor	19
5. Se crece en las dificultades	23
6. Con amor fortalecemos a nuestros hijos....	27
7. Al mediodía de nuestras vidas, el amor aún tiene sus recursos.....	31
8. La unión hace la fuerza.....	35
9. Tenemos una misión de envío	39
10. El amor es permanecer fieles	43
11. Nuestros hijos son prestados por Dios.....	47
12. Un buen amor venera a los ancianos.....	51
13. Todo amor madura y cosecha.....	55
14. En el Amor todo tiene un sentido trascendente	59
15. Damos gracias.....	63

“Cuando nos ponemos a reflexionar sobre el amor, existe siempre un peligro: la idealización, tratándolo como si fuese una especie de ensueño, un cierto mito. Tal actitud no sirve de nada. El amor es una realidad, no un sueño. El amor no debe ser soñado, sino vivido. Y la vida es crecimiento. Y este crecimiento se realiza en el tiempo. Y en el tiempo hay primavera, verano, otoño e invierno. Cada estación es necesaria para la maduración en el amor, para el crecimiento en el amor. El amor, atravesando el tiempo, conoce ciertas transformaciones. Como el hombre que nace, crece, madura y envejece, así también el amor. Los esposos, por mucho que se amen, no se amarán siempre de la misma manera. Existen avances y retrocesos, momentos de calma y época de crisis. Esto obliga a los cónyuges a vivir en estado de alerta, para no irse a pique en esos momentos críticos. ¿Cuál de todas las estaciones por las que pasa el amor es la mejor, la ideal? Cada una tiene su encanto, su razón de ser. Por todas tiene que pasar el amor, hasta llegar a su madurez. Aquí se disfruta de la victoria del amor y de sus frutos: paz, serenidad, gozo íntimo, donación. ¡Que Dios les conceda a todos los matrimonios que tomen este libro como un punto de partida para rogar a Dios la gracia de transitar por todas las estaciones del amor con conciencia, serenidad y belleza!”



1.

**NOS HEMOS ENCONTRADO
PARA ESTAR JUNTOS
POR SIEMPRE**



*“Llévame grabada en tu
corazón...” (Cantares 8,6)*



La vivencia de aquel primer
encuentro...



1. ESTACIÓN

NOS HEMOS ENCONTRADO PARA ESTAR JUNTOS POR SIEMPRE

*“Llévame grabada en tu corazón,
El amor es inquebrantable como la muerte;
La pasión, inflexible como el sepulcro.
¡El fuego ardiente del amor es una llama divina!”
(Cantares 8,6)*

Antes de coincidir en el punto en el que nos conocimos, ya habíamos estado buscando con intenso anhelo en otra persona aquella mitad de nosotros mismos que nos hacía falta. Tal vez haya sido ésta una búsqueda ardua, que muchas veces nos confrontó a más de un apuro; pero fuimos aprendiendo de nuestros errores, creciendo pese a las decepciones, y consecuentemente también madurando.

Durante aquella época de amistad en nuestra relación tuvimos la oportunidad de ver desenvolverse a nuestra pareja en distintas coyunturas. Aquél, nuestro primer “amor ciego” se fue volviendo un amor de aprecio: “Yo amo la certera irradiación de tus virtudes; y amo los eclipses de sol de tus carencias” (Petőfi).

Nos cuestionamos entonces sobre la Voluntad de Dios: ¿Es mi pareja de veras el designio creado por El para mí?

Todavía hoy queda vívido en nosotros el instante en que juntos decidiéramos que queríamos permanecer unidos para siempre. Nos sentíamos alegres, porque en nuestra pareja identificábamos aquella maravillosa e increíble persona que correspondía a nuestro amor. En esta alegría nos salía natural expresar de mil modos: “Te amo. Soy tuyo”. Nuestro Sí ante el altar, frente a Dios y frente a la Sociedad lo manifestamos como un Sí DEFINITIVO que selló esta decisión tan personal.

Desde aquel momento, enlazamos los hilos de las existencias de ambos. Este vínculo, esta Alianza debería resistir el paso del tiempo y sus desafíos.

Nuestra vida además ha cambiado desde entonces. Ya no pudimos seguir viviendo cada quien para sí mismo. En la medida en que fuimos abriéndonos el uno al otro, se forjó unidad, recíprocamente fundamentada en la confianza: “Yo cuento contigo. Tú cuentas conmigo.”

Con el paso de los años la relación mutua nos ha ido puliendo individualmente. Cada vez son más numerosos los hilos que nos vinculan. Nos complementamos mutuamente. Hemos ido procurando una afinidad en todos los ámbitos de

nuestra personalidad -física, afectiva, mental y espiritualmente hablando.

Sintonizamos con los pensamientos y las inquietudes del otro, y buscamos juntos las respuestas a tantas preguntas que nos despiertan respecto a la vida. Los anhelos y los sentimientos del otro nos son importantes. Somos capaces de entregarnos uno al otro completamente con dedicación matrimonial.



La vivencia de aquel primer encuentro...



2.

NUESTRO HOGAR ES NUESTRO REINO

*“Si el Señor no construye la casa,
de nada sirve que trabajen los
constructores.” (Salmos 127,1)*

¿Qué podemos hacer para
reforzar nuestro arraigo
familiar?

2. ESTACIÓN

NUESTRO HOGAR ES NUESTRO REINO

“Si el Señor no construye la casa, de nada sirve que trabajen los constructores.” (Salmos 127,1)

Nuestro hogar es nuestro Reino, ya se trate de un departamento pequeño o de una gran mansión con jardines amplios. Desde nuestro hogar levantamos el vuelo diariamente hacia los quehaceres cotidianos, para luego retornar, y encontrar en él amparo y protección. En nuestro hogar gobierna el referente primero y último de nuestra escala de valores. Respecto a nuestro hogar discernimos cuidadosamente a qué le permitimos ingresar, y a qué le cerramos el paso, sin dejarnos apantallar. En el hogar trabajamos afanosamente la facultad de preservarnos frente a las corrientes enfermas que predominan en el mundo, y que de manera imperceptible procuran invadir nuestra intimidad familiar, y descomponerla internamente.

La llama de nuestro amor matrimonial sostiene la vida del hogar, y su amparo. Es un fuego que brinda luz y calidez; y que irradia un carácter

especialmente confortable a aspectos tan cotidianos como un almuerzo diario. Más también hay fuegos que pueden causar destrozos si no se los domina. De aquí que nuestro hogar pueda llegar a constituirse en un tibio nido, pero lamentablemente puede convertirse, si lo descuidamos, en cuna de devastación.

Nuestro hogar está sujeto a permanentes cambios, y demanda de nosotros ir acoplando nuestro comportamiento a sus requerimientos. Cuando nos va quedando estrecho, toca mudarse e iniciar la construcción de una necesaria ampliación.

Jamás quedará listo del todo, y nos ocuparán constantemente su cuidado y mantenimiento. Aquello que lo caracteriza cual decoración de sus paredes, refleja nuestros gustos y preferencias, nuestras costumbres y valores: Cómo nos relacionamos o hablamos los unos a los otros, cómo ponemos la mesa, cómo celebramos fiestas especiales o cómo renovamos, transmitimos, o cultivamos las tradiciones familiares, todo ello es expresión original de cada hogar.

Los bienes que poseemos aún cuando se encuentren desgastados o se valoren en centavos, manifiestan la verdad de nuestro hogar, y del amor que lo sustenta. Cada detalle en cada hogar está lleno de remembranzas. Sentimos apego a dichos detalles por lo que su historia nos narra, y no los intercambiaríamos por nada.

Es así como cuatro paredes pueden convertirse en nuestro hogar, siempre y cuando nos esforcemos en arraigarnos mutuamente y de corazón todos sus miembros. Entonces será nuestro hogar una premonición del Cielo, y aquel lugar,

- ❖ En el que los hijos se sientan seguros;
- ❖ En el que cada uno experimente que es importante para los demás;
- ❖ En el que todos desarrollemos clemencia hacia las debilidades y tolerancia hacia la manera de pensar distinta del otro;
- ❖ En el que cada día podamos renovarnos en nuestra intención de Amar.



¿Qué podemos hacer para reforzar nuestro arraigo al hogar?



3.

**REGALAMOS AMOR,
SE NOS RETRIBUYE AMOR**

*“El que recibe en mi nombre
a un niño como éste,
me recibe a mí...” (Marcos 9,37)*

Pensemos en nuestros hijos carnales
y espirituales... Y digamos:
¡Os llevo inscritos en mi corazón!



3. ESTACIÓN

REGALAMOS AMOR, SE NOS RETRIBUYE AMOR

“El que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí...” (Marcos 9,37)

El amor verdadero no se encierra en sí mismo, necesita crecer y entregarse. Obviamente que en nosotros como matrimonio vive fuerte este anhelo de engendrar vida por amor. Mediante nuestra paternidad o maternidad nos volvemos colaboradores del Creador. Cada padre y madre, con su carisma propio y juntos siempre, podemos generar vida en un nuevo ser, vida para la Eternidad, original e irrepetible, intrínsecamente capaz desde sí misma de constituirse en fuente de renovación de nuestro amor y de nuestra existencia.

La llegada de un hijo significa alegría plena. Es Dios quien confía en nosotros y nos encomienda con un tesoro de tal magnitud. El nos confía la misión de acompañar dicha vida por un camino de maduración que la conduzca de retorno a su Amor Eterno. La vulnerabilidad que percibimos en el niño pequeño despierta nuestra fortaleza para esta tarea. Observamos su crecimiento y

manera de ser, el despliegue de sus talentos y sus juicios, y descubrimos en cada hijo algunas de nuestros propios rasgos y características.

Claro que nuestra alegría puede mezclarse también con preocupaciones, cuando tal vez nos asuste el alcance de esta monumental tarea; sin embargo, la responsabilidad por nuestros hijos nos define. Hemos de planificar y organizar nuestra vida, nuestro trabajo y nuestro hogar, de modo que la crianza de nuestros hijos pueda darse decorosamente. El bienestar de nuestros hijos permanecerá como punto central de nuestro pensamiento y accionar. Uno de los progenitores tal vez se vea abocado a no desempeñarse laboralmente en su ámbito profesional, mientras que su pareja asume la carga de proveer el sustento necesario para la familia completa. O acaso no faltarán preocupaciones y desvelos en materia de salud, de equilibrarse en la convivencia diaria, o de enfrentar mil y un desafíos de opinión...

La fecundidad de la paternidad y la maternidad auténticas también podrá concretarse en aquellos casos en los cuales una pareja no haya podido procrear hijos propios. La paternidad o maternidad espiritual es una opción que podemos adoptar siempre. Inclusive sería un precioso don y tarea, poder ofrecer a Dios nuestro mejor esfuerzo por cuidar y velar por el rescate de la infancia espiritual de nuestro cónyuge.

El día de nuestra boda nos comprometimos mutuamente a recibir los hijos que Dios nos hubiera de regalar. Este fue un compromiso que habrá de ser renovado incondicionalmente en cada capítulo de vida del crecimiento de los hijos: tanto en sus inviernos como en sus primaveras; ya que sólo quien asume en su integridad esta noble tarea descubre que dicha misión es fuente inagotable de alegría verdadera.



Pensemos en nuestros hijos carnales y espirituales...

Y digamos: ¡Os llevo inscritos en mi corazón!



4.

EL AMOR TAMBIÉN ES DOLOR



*“Pido en mi oración que su amor
siga creciendo más y más todavía...”*

(Carta a los Filipenses 1,9)



Hagamos memoria de la alegría
intrínseca a cada reconciliación



4. ESTACIÓN

EL AMOR TAMBIÉN ES DOLOR

“Pido en mi oración que su amor siga creciendo más y más todavía...” (Carta a los Filipenses 1,9)

Los seres humanos somos imperfectos. Comemos errores, nos irritamos mutuamente, tenemos ciclos de humor y días malos, vivimos arraigados a costumbres y a hábitos varios, que en la convivencia son difíciles de entender y de soportar por parte de los demás. Todo esto es normal y natural. Amar de verdad significa que a veces toca “abrazar cariñosamente al cactus a nuestro lado”.

En ocasiones nos pelearemos, nos pondremos airados y enfurruñados. Tal vez nos hiramos mutuamente, y luego tengamos que coser lo desgarrado, y curar lo lastimado, para que no quede malogrado por siempre.

Con pequeños detalles de cariño, a veces, sin palabras inclusive, hemos de solicitar de nuestro cónyuge: “¡Déjame ser bueno contigo de nuevo!” Y hemos de ser capaces de conversar abiertamente sobre lo que nos molestó, sin caer en el rechazo al otro. Cuando nos dejamos la oportunidad de

comprender los motivos y los pensamientos del otro, que explican sus flaquezas, todo lo asimilaremos en su justa proporción, y evitaremos hundirnos en un vaso de agua, porque cuando hay amor verdadero, llega a importar poco quién tiene la razón.

Puede suceder que nuestro cónyuge llegue a lastimarnos profundamente. Y se convierta en un extraño. Podemos sentir eventualmente que nuestra relación de tantos años tal vez no hay nada que la pueda reparar.

Se vuelve aquí esencial que como pareja volvamos a empezar. Hemos de buscar la oportunidad de reconciliarnos en paz. No debemos olvidar que el amor mutuo es capaz de superar los problemas concretos, y que es la ausencia de amor en última instancia aquello que más nos duele, por sobre las circunstancias que pudieron suceder.

La reconciliación no supone una solución a los problemas; pero nos ayuda a reubicarnos en el camino del amor una vez más. Existen heridas, cuya sanación requerirá un largo tiempo. Hemos de concentrarnos en la renovación de la confianza mutua, y de la intencionalidad de hacernos el bien recíprocamente.

Una vez que nos hayamos disculpado, está de más que continuemos profundizando en las culpas y a quién correspondan. Podemos estar seguros, que toda lágrima o dolor superado como

ofrenda, se constituirá en bendición para nuestra familia y para los demás, ya que el sacrificio por amor siempre es fecundo.

No debemos olvidar que también nosotros representamos en muchos aspectos una cruz para el cónyuge, y que a éste también toca tolerar mis carencias que le causan sufrimiento.

Cuando sea menester ejercer el perdón hacia nuestro cónyuge hemos de recordar que lo que más requeriremos es misericordia, y que ningún prejuicio o falso sentido de justicia nos brindará la paz que encontraremos al regalar de todo corazón compasión y piedad.



Hagamos memoria de la alegría intrínseca a cada reconciliación...



5.

SE CRECE EN LAS DIFICULTADES



“Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman...” (Carta a los Romanos 8,28)

Pensemos en alguna crisis por la que nos hayamos superado.



5. ESTACIÓN

SE CRECE EN LAS DIFICULTADES

“Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman...” (Carta a los Romanos 8,28)

No hay quien guste de las dificultades, y todos quisiéramos alejarlas de nuestras vidas. Cierto es que el desarrollo tecnológico pone al alcance del ser humano la provisión de nuevas y mejores formas de cuidado de la salud, mas también le ofrece mecanismos de evasión a los problemas que no sientan nada bien.

Y con todo, el dolor en la vida contemporánea no ha disminuido en relación a épocas anteriores. Más bien nos toca confrontar, cada vez más, diferentes retos, ya sean físicos o psicológicos, tales como nuevas enfermedades, pandemias, tragedias de ruptura familiar, pérdidas, difamaciones, entre otros. Y quizás, desalentados, planteamos la pregunta imperecedera: “¿Cómo puede Dios permitir el dolor y las barbaridades?” Nos amargamos, murmuramos entre resabios. Desesperados tanteamos por todos lados la respuesta a estos cuestionamientos humanos. Pero la vida continúa. A veces sucede que luego de un cierto tiempo, finalmente nos decidimos a dar un paso hacia confrontar de frente los desafíos que nos abruma, y hace-

mos un pequeño esfuerzo por comprender qué ha querido Dios a través del envío de tal o cual cruz. “Todo proviene de la mano amorosa de la Providencia”, nos recuerda el P. José Kentenich. Dios nos modela a través del sufrimiento; El nivela con cortes necesarios el acabado en el tapiz de nuestras vidas, eliminando aquellos “hilos rebeldes” que estropean el conjunto. Por supuesto, que de primera línea no busca él hacernos daño, sino que procura educarnos para que nos resulte crecer en el Amor.

Con esta consideración, es posible sobreponerse al dolor y a las amarguras. Se trata, naturalmente, de una cuestión de fuerza espiritual, y de práctica en acostumbrarnos a no apartarnos de la justa perspectiva de las cosas. En la medida que aprendemos a comprender nuestros problemas, de la misma manera que el atleta está atento a los obstáculos de la carrera, podremos desarrollarnos mejor y fortalecernos.

Cuando nos sintamos frágiles o vulnerables, el mayor reto que se nos presenta es la aceptación de este tipo de situaciones en actitud confiada y amorosamente filial. Cuando nos esforcemos así en hacer frente a nuestras tareas y problemas, entonces podremos experimentar que nuestra familia se aglutina en una unidad de amor, y se fortalece. E inclusive, hermanados en esta sana perspectiva, seremos capaces de valorar talentos o virtudes en nuestros semejantes, que no nos

habíamos percatado que existían cuando todo iba bien. Puede que nuestra escala de valores se vea sacudida en el contacto con las dificultades y el dolor, pero no es menos cierto que dicha confrontación puede resultar también que vigorice sus conceptos más profundos.

En la medida en que superemos inconvenientes, y las crisis sean aprovechadas por nosotros para rescatar lo mejor de nosotros mismos, desarrollaremos mayor empatía con las trabas de los demás, y podremos ayudarlos mejor. Sólo cuando hemos sufrido en carne propia el desvalimiento, y sintonicemos con la necesidad de nuestro cónyuge, podremos conquistar un santo temple del espíritu.

Hemos de descubrir la presencia de Dios detrás de cada sufrimiento, y no únicamente en el sentido de aceptar que El moldee así nuestra naturaleza rebelde, sino también en el reconocer su amor omnipresente, que en la dificultad no nos abandona, y que nos acompaña mientras nos ayuda a superarnos. El toma nuestras cargas en sus manos, pondera nuestra capacidad para soportarlas, y permanece a nuestro lado de cara a que no se pierdan de vista nuestras metas. Sólo así es que las dificultades se convierten en escaleras de oportunidad, donde cada peldaño nos eleva hasta sentirnos abrazados por su infinita misericordia.

Pensemos en alguna crisis por la que nos hayamos superado.



6.

CON AMOR FORTALECEMOS A NUESTROS HIJOS



*“Pondré mi ley en su corazón
y la escribiré en su mente.”*

(Jeremías 31,33)



¿Dónde me reconozco yo
mismo en la fragilidad o en
los defectos de mis hijos?



6. ESTACIÓN

CON AMOR FORTALECEMOS A NUESTROS HIJOS

*“Pondré mi ley en su corazón
y la escribiré en su mente.”
(Jeremías 31,33)*

Nuestros hijos nos han sido confiados en sublime misión por el Creador; no constituyen nuestro patrimonio exclusivo. Dicha misión consiste en dirigirlos con amor para que se orienten siempre hacia su Verdad y hacia su Amor. Esto será posible sólo cuando nosotros mismos hayamos optado por beber del “agua que ofrece la vida Eterna”, y de ella nos proveamos para dar sentido a nuestro diario vivir.

Es a través de nuestro ejemplo, que nuestros hijos e hijas de Dios, viven cian el amor real en su dimensión de piedad, y podrán luego transmitirlo. Es parte esencial de nuestra tarea ayudarles a reconocer y a desdoblar los dones originales que Dios les ha regalado, y estimularlos a su pleno desenvolvimiento.

Queremos forjar personalidades recias. Nuestros hijos deben formarse como personas capaces

de superarse a sí mismos, de luchar por lo más valioso, y de darse auténticamente a los demás; individuos que, libremente, optan por el “tesoro más valioso”. Ellos deben aprender a controlar sus instintos, a autoeducarse en sus talentos, de modo que permanezcan orientados siempre hacia la consecución de metas nobles.

Nos corresponde educar a nuestros hijos en esto, siempre y cuando nosotros mismos lo hayamos trabajado previamente. Cuando hayamos pre vivido la experiencia de, por ejemplo, vencer un mal hábito, entonces proyectaremos la coherencia y la compasión necesarias hacia nuestros hijos. Sólo cuando nuestras palabras han atravesado el propio corazón, y han sido acrisoladas al fragor de los desafíos circundantes, pueden irradiar credibilidad y certeza.

La educación de los hijos es una misión ardua. El P. José Kentenich nos anima, diciendo: “Dios nos ha llamado a educar a nuestros hijos, y El sostiene nuestra mano en dicha tarea.” Debemos, pues, referirnos a El siempre, cuando las dificultades o las dudas nos asalten. Lo que nosotros no dilucidemos cómo hacerlo, El lo allanará para nuestro mejor entendimiento. Cuando nuestros límites nos detengan en la consecución de una buena educación para los hijos, alcemos a El nuestra oración, y él nos apurará sobre todo desde sus brazos.



*¿Dónde me reconozco yo mismo en la fragilidad
o en los defectos de mis hijos?...*



7.
**AL MEDIODÍA DE NUESTRAS
VIDAS, EL AMOR AÚN TIENE
SUS RECURSOS...**



*“...corramos con fortaleza en la
carrera que tenemos por delante.”
(Carta a los Hebreos 12,1)*



¿Qué nos da fortaleza
en medio de una crisis?...



7. ESTACIÓN

AL MEDIODÍA DE NUESTRAS VIDAS, EL AMOR AÚN TIENE SUS RECURSOS...

“...corramos con fortaleza en la carrera que tenemos por delante.” (Carta a los Hebreos 12,1)

Cuando escalamos una montaña y llegamos a su cúspide, nos detenemos a mirar el paisaje que se extiende ante nuestros ojos, y nos admiramos de la amplia perspectiva que nos ofrece. Así debemos acostumbrarnos a analizar la propia vida.

En el mediodía de nuestra vida ya no nos sentimos tan fuertes como en la plenitud de la juventud, pero aún tenemos energía para rato. Puede que seamos presa de mayor lentitud en nuestras actividades, o que empiecen a asaltarnos problemas de salud. Estamos en una etapa de la vida en la cual la mayoría de decisiones críticas ya las hemos dejado atrás: profesión, cónyuge, concepción de los hijos. Tal vez nos percatemos que algunos de nuestros sueños juveniles no los pudimos volver realidad. Hemos cometido errores, asumido sus consecuencias, y confrontado frustraciones.

Si nos dejamos limitar por la medianía y su resignación, la mediana edad nos conducirá a una

crisis cierta. Y un pánico hacia el futuro nos puede congelar. Sucede en ocasiones que en un loco intento por escapar del conformismo nos apartemos de lo que ha sido nuestra vida hasta entonces, con la ilusión de liberarnos de los temores que nos vencen.

¿Cómo sobrevivir ahora? ¿En qué dirección hemos de reorientar nuestros esfuerzos?

Son las épocas de crisis donde toca meditar sobre el sentido profundo de nuestra vida. Todo lo que nos rodea pareciera que nos cubre con oscuridad. Cual si fuéramos barcos navegando entre la niebla, y a medio camino, tenemos que aminorar velocidad, y esforzarnos sobremanera por preservarnos orientados a nuestros objetivos y metas. Es la hora de la Fe, que brinda sentido a nuestra existencia. “Cuando llenos de confianza lo ofrecemos todo a Dios, El supera nuestras limitaciones, y jamás abandona a quien de todo corazón se esmera por mejorar, aunque caiga. El mitiga las circunstancias, y las torna más benignas.” Así nos lo dice el P. José Kentenich.

Tenemos que revisar cuántas veces Dios se ha dejado sentir en su clemencia y en su misericordia. Y su cercanía fue evidente. Y cómo todo se volvió fácil entonces, pues encontramos sentido a las dificultades, y pudimos rescatar bendiciones y reciedumbre de las pruebas que atravesamos. Hemos de quedar en paz, pues hemos sido liberados

de exaltar la importancia de nosotros mismos y nuestras limitaciones.

Desde la correcta perspectiva es posible llegar a la mitad de nuestra vida, y reconocer que aunque ciertas puertas se nos han cerrado ya, también otras se han abierto sorpresivamente. Profesionalmente, sobrevienen épocas más ecuanímes y prolíficas. Familiarmente, tenemos la satisfacción de asistir al proceso de maduración de nuestros hijos; y en relación a los nietos, se nos ofrece una nueva oportunidad para gozar el florecer de nuevas vidas...



¡Hay tantas tareas aún por cumplir! ¿Qué nos da fortaleza en medio de una crisis?...



8.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA



“Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” (Mateo 18,20)

¿Qué agradecemos a aquéllos
con quienes formamos una
Comunidad?...



8. ESTACIÓN

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

*“Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre,
allí estoy yo en medio de ellos.”
(Mateo 18,20)*

Un árbol solitario sobre una cima aislado no tiene protección alguna contra las tormentas y el viento, y puede ser desenraizado, por más fuerte que sea. En cambio, aquel árbol perteneciente a un bosque, recibe del conglomerado la ventaja de la salvaguarda grupal. Todos están resguardados, porque no están aislados.

De la misma manera, sucede con los seres humanos. Nos gusta vivir según nuestras particulares pautas de comportamiento, y al bloquearnos en un excesivo individualismo, quedamos vulnerados para resistir corrientes de vida adversas.

De gran ayuda es encontrar en nuestro cónyuge y entre nuestros más allegados aquellas almas afines, semejantes en su modo de vida al nuestro, lo mismo que en su manera de pensar y percibir la realidad. En la unidad nos beneficiamos de fortalecernos recíprocamente.

Gozar de semejanzas en el modo de pensar y percibir la realidad no significa homogenei-

dad absoluta; más bien lo contrario, es respetar la diversidad. Es una bendición pertenecer a una buena comunidad, y nuestros hijos se benefician directamente. Al interior de nuestro círculo de amigos nos sentimos bien. Y redundando en nuestro bienestar poder asistirnos mutuamente a lo largo de la vida y sus variadas circunstancias. Podemos brindarnos unos a otros consejo, ideas valiosas, una mano amiga en momentos difíciles, asistencia durante etapas comunes de todo matrimonio como son el nacimiento de los hijos, la construcción de nuestra casa, la educación de la prole, etc. Mediante la Oración podemos siempre apoyar a nuestros amigos, y trasladar sus inquietudes ante Dios, cuando estén en apuros.

Aislados de una comunidad sólida en valores quedamos débiles, y nos confundimos más fácilmente; somos presa posible del abatimiento y la opresión de las mayorías de la sociedad. En la medida en que nos sostengamos mutuamente, se multiplicará nuestras fuerzas. Unidos nos enfocaremos mejor en la consecución de metas semejantes.



¿Qué agradecemos a aquéllos con quienes formamos una Comunidad?...



9.

TENEMOS UNA MISIÓN DE ENVÍO



*“Procuren ustedes que su luz
brille delante de la gente, para
que, viendo el bien que ustedes
hacen, todos alaben a su Padre
que está en el cielo.” (Mateo 5,16)*

¿A quién de manera especial,
en mi entorno,
puedo yo brindar amor?...



9. ESTACIÓN

TENEMOS UNA MISIÓN DE ENVÍO

“Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo.”
(Mateo 5,16)

Aquellos dones y talentos con que Dios nos ha bendecido son diversos. Los hemos recibido no para esconderlos, sino para brindarlos a los demás. Muy a menudo guardamos gran reserva respecto al prójimo, cuando nos correspondería abiertamente irradiar nuestros valores; sentimos miedo de no expresarnos adecuadamente, de que nuestra opinión no sea aceptada, y de chocar contra formas de pensar y de actuar diferentes. Tal vez tengamos prejuicios respecto a estilos de vida diferentes. Y pese a nuestra reticencia, la diversidad predomina, se impone en la vida pública, se muestra en el ambiente escolar, y en la cultura empresarial; bajo todo eso nos toca eventualmente vivir.

Nuestra tarea principal consiste en sentar bases firmes para nuestro matrimonio y nuestra familia, educar personalidades recias en nuestros hijos, y vivir según una fe profunda y coherente.

Si así lo hacemos, irradiaremos nuestro entorno con esta verdad.

Una estufa cualquiera abarcará su entorno en la medida en que aquéllos cercanos a ella, se dejen irradiar e imbuir por su calor. Sería estupendo que alguien pueda decir sobre nuestra familia: “Miren cómo entre ellos se aman”.

En primer lugar quisiéramos irradiar verdad a través de nuestro ser y misión específicos. No debiéramos asumir tareas que impliquen despreocuparse y descuidarse de la propia familia. Sería como bailar alegremente en varias bodas, mientras nuestro cónyuge y nuestros hijos sufren abandono.

“La vida de Cristo es la Biblia que ha de ser leída por todos los incrédulos”, nos dijo el P. José Kentenich en reiteradas ocasiones. En un mundo, en el que la unión matrimonial y la familia confrontan crisis de fondo, cada vez hay menos personas que experimentan la realidad de un amor incondicional. Y para que sea posible creer que Dios es Amor, toda persona tiene que haber pre vivido primero en su cotidianeidad el goce de este amor, a través de nosotros.

El Espíritu Santo será nuestro gran recurso para tocar el corazón de todos aquellos que nos son indiferentes, o respecto a quienes hemos desarrollado algún prejuicio. El Espíritu Santo nos bendecirá con la gracia de poder ser aquella

“Biblia encarnada”, que efectivamente todos puedan leer.



¿A quién de manera especial, en mi entorno, puedo yo brindar amor?...



10.

**EL AMOR ES
PERMANECER FIELES**



*“El amor y la verdad se
darán cita...” (Salmos 85,11)*



¡Preguntémosle a nuestro
cónyuge de qué manera
podemos hacerlo feliz!



10. ESTACIÓN

EL AMOR ES PERMANECER FIELES

“El amor y la verdad se darán cita...”

(Salmos 85,11)

Contrajimos matrimonio con la intención de compartir toda una vida juntos, en la alegría y en el dolor. Y así nos embarcamos en la gran aventura de regalarnos a nosotros mismos. No son los papeles que firmamos ante la Autoridad Civil los que nos mantendrá juntos, sino una comprometida responsabilidad nacida de un amor sincero.

Con el paso de los años deviene un cierto distanciamiento; y nos vamos acostumbrando a caminar juntos, pero en paralelo, al igual que las rieles de un tren. Nuestro vínculo adquiere tonalidades grises. Pensamos demasiado a menudo: “A mi pareja ya la conozco, quizás mejor, de lo que se conoce ella a sí misma”. Mas... ¿en realidad conocemos tan bien a nuestro cónyuge?

¿Tenemos una idea cierta de lo que últimamente ocupa su mente, o de las dificultades que más profundamente lo aquejan?

Todo cambia, y en un matrimonio, sus miembros también son dinámicos, y cambian en el

tiempo. Ya no son los mismos novios que un día intercambiaron alianzas, casi convencidos de la perfección de su pareja. ¿Somos hoy capaces de burlar el transcurso de los años, de mirar a los ojos de nuestro cónyuge, y más allá de sus cabellos canos o de sus arrugas, apreciar también todos aquellos ámbitos en los cuales su personalidad se ha ido depurando?

Tengamos presente que cuando la estima mutua se enfría, y no se transmite aceptación amorosa entre los cónyuges, existe el peligro de que la unión matrimonial naufrague. Algunos evaden confrontar esta situación para mejorarla, y se refugian en el trabajo exhaustivo, en activismos atosigantes, en el cuidado de los niños, y hasta en relaciones extramaritales. Una vez que nuestro vínculo matrimonial se rompe, quedan separadas dos mitades sobrantes, como fragmentos inservibles y transmisores de dolor, que en primera instancia, afecta a los hijos y los lastima. Para evitar esta amenaza, hemos de concentrarnos en:

Procurar reconquistar a mi pareja continuamente, desde cero; esto es un reto inmenso;

Esforzarnos por conservarnos atractivos para nuestro cónyuge, sobre todo con el paso de los años;

Preocuparnos sinceramente por los desafíos cambiantes que sobrelleva nuestro cónyuge, y de conocer lo que verdaderamente le afecta;

Regalarnos diariamente, de corazón, en nuestro tiempo: sorprendiendo a nuestra pareja con detalles de atención y generosidad o palabras de admiración, buscando la ocasión de un trabajo doméstico compartido, dándonos el lujo de una caminata nocturna, de una cena romántica, de una segunda o tercera luna de miel en algún paisaje encantador, o de un fin de semana divertido “sin hijos”, con conversaciones e intercambio de impresiones a la luz de las velas, momentos todos éstos en los cuales nuestra perspectiva de los problemas se dulcifica y se transforma.

Son ilimitadas las opciones que tiene a su haber un cónyuge, que está ciertamente interesado en reforzar su vínculo matrimonial.

Fidelidad no significa de principio únicamente que no nos permitamos el desliz de una relación fuera del matrimonio. La auténtica fidelidad consiste en que recíprocamente jamás decaigamos en el esfuerzo de redescubrirnos, y de reconquistarnos en la calidez, la confianza y con la intensidad de aquel primer amor que nos unió.



¡Preguntémosle a nuestro cónyuge de qué manera podemos hacerlo feliz!



11.

NUESTROS HIJOS SON PRESTADOS POR DIOS

*“No te pido que los saques del mundo,
sino que los protejas del mal...
Conságralos a ti mismo por medio de
la verdad...” (Juan 17,15.17)*

¿De qué maneras sobreprotejo
más de lo necesario a mis hijos?



11. ESTACIÓN

NUESTROS HIJOS SON PRESTADOS POR DIOS

“No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del mal... Conságralos a ti mismo por medio de la verdad...” (Juan 17,15.17)

En el seno materno forma el hijo la absoluta unidad con su madre. A partir del nacimiento comienza el proceso gradual, paso a paso, de la separación. En un principio, los padres representan TODO para su hijo: proveen alimentación, seguridad, alegría... Con el paso del tiempo el niño va adquiriendo independencia, y se distancia, aventurándose inicialmente a ambientes cercanos, y luego atreviéndose a recorrer caminos hacia horizontes lejanos...

Hay épocas bien marcadas, en las que mientras procuramos transmitir vivencias y conocimiento a nuestros hijos, casi resulta que nos infiltrarnos en su forma de pensar y actuar. Así creemos forjar una alforja de referentes, a los cuales ellos puedan recurrir cuando lo necesiten. Pero también llegará un período en la educación de los hijos, en el que nos limitemos como padres a observar sus

pasos propios desde lejos, y a acompañarlos tan sólo con nuestra confianza en sus aptitudes y moral. El joven pájaro tiene que volar fuera del nido, cuando esté lo suficientemente fuerte para ello, ya que si no, jamás conquistará autonomía. No nos limitamos nosotros a permitir que todo esto ocurra, sino que lo alentamos, pues forma parte de la sana aspiración de todo individuo hacia la autosuficiencia. Obviamente que siempre nos mantendremos a la mano, física y espiritualmente, brindándoles en todo momento la seguridad de que pueden recurrir a nosotros cuando así lo requieran.

Pero aunque deseamos que la vida de nuestros hijos corresponda a los sueños que nos hemos forjado para ellos, y que sólo transiten por los mejores caminos de vida, a veces no es tan sencillo respetar su crecimiento. Y las cosas se desarrollan de distinta manera. Se nos vuelve difícil soltarlos de la mano, y permitir que cometan errores, o relegarnos a un segundo plano, y dejar de ostentar el puesto principal en sus vidas. Tal vez ellos se muestren con formas de pensar distintas a las nuestras, u opten por estilos de vida diferentes a los que nosotros manifestamos. Es esencial que aún cuando nuestros hijos caminen por senderos de vida ajenos a nosotros, jamás dejen de experimentar que desde sus agobios pueden siempre retornar a nuestro acogimiento, y

que el camino de vuelta a casa permanecerá para ellos siempre despejado de nuestra parte.

Así es como debe madurar el amor de los progenitores. Cuanto más incondicional es el amor, tanto más profundos y confiables son su disponibilidad y sus efectos. Porque amamos a nuestros hijos por siempre. Y sobre todo cuando estén lejos de nosotros, no descuidemos confiarlos y consagrarlos en todo momento al amor de Dios, a quien en última instancia pertenecen por completo.



¿De qué maneras sobreprotejo más de lo necesario a mis hijos?



12.

**UN BUEN AMOR VENERA
A LOS ANCIANOS**



“La rica experiencia es la
corona del anciano,
y su gloria el temor del Señor.”
(Eclesiástico 25,6)



Hemos recibido una herencia
más valiosa que un tesoro...



12. ESTACIÓN

UN BUEN AMOR VENERA A LOS ANCIANOS

*“La rica experiencia es
la corona del anciano,
y su gloria el temor del Señor.”
(Eclesiástico 25,6)*

Ya llegará el día en que hemos de ser sostén para nuestros padres. Asumiremos responsabilidad por ellos. Por la gratitud que les guardamos, queremos mediante nuestros amorosos cuidados retribuirles su don.

A menudo resulta para ambas partes dificultoso adaptarse a esta nueva situación: a nuestros padres les cuesta estar a merced de otros, y sienten temor de causar molestias a los demás; de nuestra parte, en cambio, cuesta apreciar cómo aquéllos a quienes por tanto tiempo vimos como superiores a nosotros, ahora se ven tan vulnerables, frágiles y dependientes.

Tal vez no conozcamos a ciencia cierta todos los pormenores específicos del proceso de envejecimiento, ni nos resulte sencillo descubrir la belleza escondida en la oportunidad de servir y

cuidar a los ancianos, pero todo forma parte del Plan de Dios.

Hoy en día pareciera que la impresión dominante de todos es que los ancianos son un lastre y una obligación no más, por la que lamentablemente hemos de preocuparnos. Y pocos consideran que se justifica ocupar mayor tiempo o esfuerzo en el particular. Demasiado a menudo pasamos por alto el soberbio valor que las personas ancianas representan.

“Las personas mayores tienen la misión de irradiar en nuestras vidas el Amor de Dios, y de volver dicho amor palpable y reconocible”, así nos los explicó el sacerdote P. Vellera.

Un abuelo, por ejemplo, transmite verdad hecha vida mientras mira fotos antiguas al lado de su nieto y comenta: “Yo recibí a la abuela regalo de Dios, en calidad de compañera fiel para toda la vida; aunque no siempre fue fácil convivir.”

Tomémonos tiempo para dedicarlo a nuestros ancianos. Brindémosle ánimos haciéndoles preguntas. Démosles la oportunidad de narrarnos sus experiencias de vida. Es así como hijos y padres se vinculan más fuertemente.

Cuando podamos, revisemos la genealogía familiar, e identifiquémonos con nuestras raíces. Valoricemos y aprendamos de lo heredado de generaciones previas. De nuestros mayores podemos aprender sobre casos prácticos en los que el

sufrimiento en la vida no resultó inútil, porque ayudó a restablecer el orden perdido, y a rectificar caminos equivocados.

Necesitamos de nuestros ancianos, justamente por su fragilidad y en su vejez. Pues en el seno familiar, y en medio de nuestro ajetreo y estrés cotidianos, son un llamado a rescatar disponibilidad y fiabilidad en nuestro corazón, que de otro modo reposaría cómodo en su mezquindad. En los ancianos valoramos la calma y el silencio en medio del bullicio atropellador de nuestro entorno. Ellos están ahí, recordándonos que hemos de fijarnos no sólo en la cantidad, sino en la calidad de nuestro don...

Todo lo anterior restablecerá orden y cultivará la compasión de nuestro corazón, curando millares de heridas producto de la agitación y el trajín de nuestros días.



Hemos recibido una herencia más valiosa que un tesoro...



43.

**TODO AMOR
MADURA Y COSECHA**



*“Quédate con nosotros, porque
ya es tarde.” (Lucas 24,29)*



¿Cómo percibimos que el
matrimonio nos ha
enriquecido verdaderamente?



13. ESTACIÓN

TODO AMOR MADURA Y COSECHA

“Quédate con nosotros, porque ya es tarde.”

(Lucas 24,29)

También el envejecimiento de nuestras facultades es parte del Plan de Amor de Dios. Consecuentemente, es bueno, que con tranquilidad enfoquemos que la vida pasa inexorablemente, y que por tanto, no hemos de agitarnos pretendiendo ganarle tiempo al tiempo. Sin temores, hemos de abrazar nuestra maduración, conscientes de que: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, y a los cuales él ha llamado de acuerdo con su propósito.” (Carta a los Romanos). Llenos de confianza filial nos abandonamos a su Providencia. Nuestro propio yo, hacia la vejez, puede ser que se vulnere y fragilice, pero también puede que se engrandezca y se fortalezca si con Fe, decimos: “*¡Que se haga Tu Voluntad, Señor!*”

Cuando envejecemos, Tal vez nos alegraremos de más pequeñas cosas que en la juventud dábamos por descontado: la llegada de un nuevo día, el coro de pájaros de madrugada, la comunión de corazones que vivimos como cónyuges y

que ha superado tanta historia recorrida, la bendición de los nietos maravillosos que hemos podido conocer y gozar... Tendremos conciencia de que nada hay que darlo por descontado, y de que tenemos tantas cosas que agradecer.

La vida continúa, y continuará –ya sea con nosotros o sin nosotros. Fuimos muy necesarios en su momento, pero la juventud se aboca a sus propios caminos hoy por hoy. Sin embargo, con una perspectiva de vida más amplia, nuestros ojos, nuestro corazón, nuestras manos, nuestra experiencia tienen mucho que aportar a la juventud, y también nuestra oración. Estas serán nuestras armas de combate, mediante las cuales lucharemos para procurar a nuestros hijos, nietos y amigos una vida más plena. La oración nos dará amparo y protección ante la desesperanza y el abatimiento propio. Es en la oración donde todo puede ser analizado y reorientado a su justa apreciación.

Sólo cuando hemos vivido bastante, entendemos que nadie puede brindar jamás demasiado amor. Todos aquéllos que nos rodean en nuestro círculo más cercano o lejano requieren nuestro amor, nuestra fe, y nuestra confianza. Nos hará falta mucha paciencia y Amor Hermoso, para asumir el envejecimiento como una etapa de crecimiento hacia una más santa complacencia y tolerancia respecto a nuestro cónyuge y respecto a nosotros mismos.

Confiados en la misericordia de Dios hemos de prepararnos para esta estación de vida, cuando se acerca el final de nuestra existencia, y alegrarnos con la perspectiva del retorno, el regreso a nuestra Morada Eterna.



¿Cómo percibimos que el matrimonio nos ha enriquecido verdaderamente?...



14.

**EN EL AMOR TODO TIENE
UN SENTIDO TRASCENDENTE**

*“Por mi parte, yo estaré con
ustedes todos los días, hasta
el fin del mundo.” (Mateo 28,20)*

**¿Qué quiere decirme hoy Dios
a través de mi pareja?**



14. ESTACIÓN

EN EL AMOR TODO TIENE UN SENTIDO TRASCENDENTE

*“Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días,
hasta el fin del mundo.” (Mateo 28,20)*

Dios nos habla a través de la Sagrada Escritura y de la Doctrina de la Iglesia. También podemos reconocerlo en los milagros de la naturaleza, y en el paraíso que se esconde en la mirada inocente de los niños. Pero no es tan fácil, en cambio, identificarlo en nuestros semejantes, especialmente cuando éstos nos revientan los nervios; y tampoco se nos vuelve tan practicable leer la verdad de Dios en aquellos acontecimientos que nos provocan sufrimientos.

¿Qué podría ayudarnos a encontrar a Dios en todas partes?

Cada noche haríamos bien en rogar al Espíritu Santo, que nos regale entendimiento del deseo de Dios, y la sabiduría para comprender sus designios, cuando:

❖ Nuestro cónyuge nos pide: “¡Regresa por favor más temprano a casa!”;

❖ Nos percatamos de la negligencia de algún subalterno, y en vez de criticarlo, pensar:

“¡Voy a ser un ejemplo para él a través de mi trabajo dedicado!”;

Una vez que hayamos sintonizado con la Palabra de Dios, debemos asimismo entablar un diálogo personal con El:

- ❖ Y contarle nuestras inquietudes,
- ❖ Y reconocer lo que nos aqueja,
- ❖ Y pedirle su ayuda...,
- ❖ Y últimamente, con fe, decirle: “En ti confiamos como pareja. Queremos avenirnos con tus designios, y cumplir tu voluntad.”

Cuántas veces al analizar nuestro pasado, a menudo nos percatamos de que hubo ocasiones en que tomamos decisiones sin que verdaderamente tuviéramos conciencia de todos los elementos que entraban en juego, o entendiéramos por qué alguna situación u otra tuviera que afectarnos. Sin embargo, posteriormente, hemos podido atar cabos, encontrarle un sentido a nuestro camino de vida, y a vislumbrar detrás de todo un atisbo de lo acertado que es siempre el Plan de Dios.

Todos anhelamos seguridad, lo cual es justo y procedente. También somos orgullosos, y quisiéramos tener las riendas de la vida en nuestras manos. Y el abandonar nuestro destino, confiados en la omnipotencia de Dios, casi nos parece una irresponsabilidad.

Aquí aplica aquello de que: Por una parte, hacer todo como si sólo de nosotros dependiera tener éxito, pero al mismo tiempo, entregar confiados a Dios cada detalle de nuestro devenir diario.

Cuando sólo nos fiamos de nosotros mismos, dado que somos limitados, el alcance de nuestras previsiones y maniobras también lo es. Consecuentemente, y pese a todos nuestros esfuerzos, sucede a menudo que nuestros marcos de referencia se trastornan, perdemos piso, y quedamos colgando de una frágil cuerda entre el cielo y la tierra, en frágil balanceo.

Sólo el pensamiento de que dicha cuerda se encuentra de un lado fuertemente agarrada por la misericordia y paternal omnipotencia de Dios, ya nos puede brindar paz. Dios es nuestra seguridad. En Él todo cobra sentido.



¿Qué quiere decirme hoy Dios a través de mi pareja?



15.

DAMOS GRACIAS



*“Bendice, alma mía al Señor
y no olvides sus beneficios!”*

(Salmos 103,2)



Nos descansamos.



15. ESTACIÓN

DAMOS GRACIAS

*“Bendice, alma mía al Señor
y no olvides sus beneficios!”
(Salmos 103,2)*

Simplemente quisiéramos dar gracias por todo. Durante los años que pasamos juntos, tuvimos muchas experiencias lindas. Nos alegramos uno al otro y sentimos el amor y cariño del otro. Es bueno saber que hay alguien a quien puedo apoyarme, a quien puedo contar mis pensamientos y llorar mis amarguras.

Gracias Señor, porque Tú nos creaste uno al otro, y porque tenemos un pasado y futuro común. Vamos a envejecer juntos.

Gracias por estar con nosotros en los tiempos difíciles. Nos escuchas cuando lloramos y nos tienes en cuenta a nosotros como matrimonio, también cuando nuestros corazones se alejan uno del otro. Siempre nos das fuerza de nuevo a resucitar el amor y nos diriges a nosotros uno al otro.

Damos gracias por nuestros hijos. Gracias que confiando en nosotros, los pusiste a ellos en nuestro cuidado. Ambos queremos a ellos. Es un placer ver que mi cónyuge le ama a quienes yo

también le amo. Les brinda su atención, su tiempo y trabaja por ellos.

Gracias por nuestros amigos, quienes son importantes a nosotros, y que nosotros también somos importantes para ellos. Gracias por nuestra comunidad que nos ayuda encontrar nuestro camino. Gracias por las tareas y que la comunidad cuenta con nosotros.

Gracias por los hombres que en nuestra carrera nos mostraron la dirección adecuada y también damos gracias por aquellos que son auténticos para nosotros.

Gracias que tenemos una Madre en el cielo, quien nos ayuda y nos cuida. En nuestra impotencia y debilidad Ella recupera lo que falta en nosotros. Le pedimos a Ella que intercede por nuestro matrimonio, por nuestros hijos, por nuestros seres queridos, comunidades y por nuestra patria.

Muy querido Dios, Te damos gracias por tu guía fiel y cuidado. Es un placer, que Tú estás con nosotros hasta los fines de los tiempos.



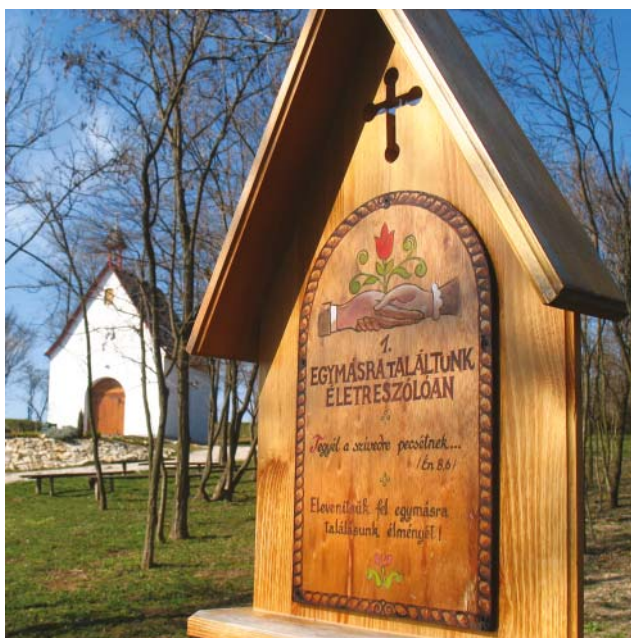
Nos descansamos.

*El camino de Vida Matrimonial
se halla en Óbudavár, un pequeño pueblo
cerca al Lago Balaton.*

*El camino de un medio y un kilometro
comienza en la Capilla.*

*Informaciones:
www.schoenstatt.hu • iroda@schoenstatt.hu*

Les esperamos con cariño.



ÓBUDAVÁR (H), 2007
Horvátnádalja (H), 2008
Máriapócs (H), 2011
Pápa (H), 2011
Bodrogolaszi (H), 2013
Petőfiszállás-Pálosszentkút (H), 2013
Beregszász (UA), 2013
Schönstatt (D), 2013
Rokole (CZ), 2014
Dusnok (H), 2014

